

**TEXTO COLECTIVO DOS: 29 DE MARZO DE 2010**

***Autores: Gabriela Vidas, Gabriela Vacca, Patri Lerner, Polo Juárez y Alas***

Llevo reflexionando, sin resultados aparentes, sobre la propiedad de convertirse en un humanito desprovisto de toda sensibilidad ante pequeñas tragedias o emociones ajenas.

Quizás a veces lo difícil sea más bien seguir siendo sensible (no perder el norte, no olvidar que somos humanos) después de muchas cosas...

Lo difícil es ser equilibrista y mantenerse erguido entre la insensibilidad y la fusión con la tragedia ajena.

Pero si bien esa había sido mi consigna, el desamor, el engaño y la estafa con la que me habían chocado como un tren en mis últimas relaciones, me ponían frente a un dilema que el hartazgo y la desazón me habían plantado en la cara.

¿Podría yo, realmente yo siendo como soy, acercarme de la noche a la mañana y voluntariamente?

No tuve tiempo de responderme, el timbre sonó con vehemencia. Al otro lado de la puerta, un gordinflón que vendía libros, me cambió la perspectiva.

- Buen día señora, vengo de Literated Inc. estamos promocionando las obras completas de los grandes psicólogos del siglo XX: por una irrrrisoria cuota, usted tendrá al alcance de su mano las herramientas precisas para manipular a sus amigos, vecinos y familia, diagnosticarlos, liberarse de toda culpa enchufándose a al primero que pase y mucho más, por solo cien pesitos mensuales. Satisfacción garantizada, que esto es jamón del medio directamente de boca de Froid, Lacán, Yun, Pachodonel, Rolón y hasta Moisés Iconikof.

Iconikof, kof, kof, kof, rebotó en mi cráneo, y ya le estaba por estampar la puerta en la nariz cuando se me disparó el neuromecanismo que me complica la vida. Hay una enzima Sasturain en mi ADN que me desarma frente a un perdedor, colocándose automáticamente de su lado. No sé, a lo mejor la cara de rehén de asalto domiciliario, esa sonrisa del que tiene una pistola en la nuca. Saqué la cuenta: éste fue desocupado hasta hace dos días, gordito y todo vaya a saber desde cuándo no come. Cuestión que, sin dar crédito a lo que estaba sucediendo, vi cómo la puerta cedía hacia mi lado.

Pasó, el gordito cansino, con rostro de agradecimiento. Más por el sillón que le ofrecía -del cual colgaban desprolijamente corpiños y calzones recién lavados- para que aposente su traste, que por el milagro de una venta.

Mientras se secaba la transpiración que le corría hasta por el cuello, aceptó el vaso de gaseosa que le ofrecí.

Fui hasta la cocina e iniciando medio a los gritos una conversación trivial, me abstraí del personaje que poco antes me había motivado compasión. Saqué el estuche de afilados cuchillos y separé el de cortar pan, que tiene dientes grandes y bien separados. Una nunca sabe qué puede producir la combinación de soledad acumulada y superposición de malentendidos en la gente.

Con el cuchillo en la espalda me asomé a la puerta de la cocina y lo vi al gordo arrinconado contra el lado del sillón opuesto a mi bombacherío; miraba el piso como buscando un billete de cien pesos.

Cuando completó el recorrido hasta mis ojos comprendí que el último corpiño que había visto fue en el tendedero de su casa materna.

- Disculpe, recién llego del trabajo -mentí, mientras recogía mis calzones.

- No se preocupe, haga lo suyo que yo la espero -respondió con la voz quebrada.

- Ya está, dije sentándome a su lado como para darle una alegría. El gordo me miró fijo para comenzar a hablar. Abrió y cerró la boca como un pescado, y en lugar de largarme su discurso aprendido en el reciente curso de ventas, se largó a llorar.

- ¿Qué le pasa? ¿qué pasó? ¿por qué llora?

- No puedo... no puedo... me dijo mientras sacudía la cabeza y me enlazaba el cuello con un bretel de mis corpiños, casi seco.